

El maestro Rafael Maya

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Al regreso de una fugaz visita aérea a la Ciudad del Aguila Negra, que se extiende sobre la Sabana de Bogotá, en donde el Maestro por antonomasia vivió y fulgió, soñó y amó, cantó y enseñó; ya en el umbral de la casa del Bosque Norte, en Santiago de Cali, la voz de la esposa amadísima balbucea, entrecortada: el Maestro Maya murió hoy, en Bogotá...

Fue "como si la mano de Dios nos golpeará en la frente". Todavía, ahora, mientras escribo la fúnebre noticia resuena en mis oídos con un tañer de lúgubres campanas. Porque con la ausencia inconmensurable de Rafael Maya, todos los que amamos, creemos y esperamos en la poesía, quedamos sumidos en la orfandad nocturna del silencio. "Padre y maestro mágico", en la mejor invocación verleniana de Rubén Darío, los náufragos supérstites que aceptamos su legado inconsútil de belleza, izamos el corazón a media asta sobre el votivo muro de las lamentaciones. Y la Ciudad Fecunda que lo llevó en su seno, desata al viento sur los estandartes y pabellones enlutados, se mesa arrepentida los cabellos y rasga sus túnicas de púrpura, porque ella, como Pedro, lo negó por tres veces. Desde ahora y siempre será menor nuestra ración de luz cotidiana, porque el mentor insigne y el amigo magnánimo no compartirá con nosotros el pan y el vino, el libro y la verdad de cada día. Arrodillada a la vera del Volcán Puracé, la comarca maternal como sacudida por el sismo depredador de sus entrañas, pregonará sin plañideras, porque el dolor es mudo, que ha muerto el último de sus grandes hijos. Par de Valencia el Magno y panegirista del Poeta-Soldado, forma con ellos el triángulo equilátero de la poesía del Cauca y de Colombia. He aquí como en la cima intemporal de la grandeza, fúndense y amalgaman tres sombras tu-

telares de la urbe castellana, que fundó el Adelantado don Sebastián de Belalcázar. Ciudad templo, ciudad cátedra, ciudad museo: Jerusalén de América, Salamanca del Nuevo Mundo, Roma y acrópolis del Trópico de Capricornio. Cuna de Torres, Caldas, Mosqueras, López, Obando, Albán y Arboleda y Valencia y Maya.

“urbe

*hecha de granito y de mármol
con escudos de piedra tosca
que une la clave de los arcos,
y llena de polvo y de huesos
como un antiguo catafalco.*

*¡Lejos del mar! Altas colinas
estrechan, mudas, el ámbito.
El tiempo mismo allí conserva
su virtud de encaje plegado,
y de la espada de un guerrero
cuelgan los hábitos de un santo”.*

Así cantó el Maestro Maya, una y más veces a

*“toda la ciudad, bajo la noche
que al gran misterio permanece atenta,
sahumada de aromáticos carbones,
altar de piedra”.*

Sobre el ara de siglos de Popayán, la amada por la gloria y fecundada por el martirio, yacerá finalmente en paz, en el Panteón de los Próceres, el cuerpo del varón ético y estético, en la vecindad ideal de don Quijote de la Mancha, enamorado fiel, más allá de las postrimerías, de Dulcinea del Toboso. La cual, digámoslo sin mengua, no es más ni menos que un disfraz o máscara, seudónimo o señuelo de Nuestra Señora la Poesía. Porque el Maestro Maya no ganó batallas cruentas ni conquistó provincias de Ultramar para el Cauca Grande. Gladió, como el mejor, con los vocablos y conceptos y nos dejó la herencia inextinguible de sus libros de prosa áurea y verso diamantino y la cátedra de su existencia magistral consagrada a cumplir el mandamiento evangélico de ir a enseñar al que no sabe.

La vasta obra lírica y crítica del Maestro Maya bien puede resistir al alud de las centurias venideras. Por su fervor humano y autenticidad y ecumenicidad, será inmune al orín del tiempo.

Fundió en el crisol del modernismo el oro de los clásicos, en su fuego meridional, y nos donó imponderables joyas que ostentan su firma y rúbrica, a imagen de Benvenuto Cellini y a semejanza de Antonio Stradivarius. Ubicado generacionalmente en el grupo de "Los Nuevos", con de Greiff y Pardo García conformaban la gran trilogía de la poesía contemporánea de Colombia y América. Hace pocas semanas que clamé, en Popayán, para que en el Monte Tabor de las transfiguraciones poéticas, levantásemos tres tiendas: una para León, otra para Germán y otra para Rafael. Quiso Dios escucharnos y así rendimos, en vida, público y devoto testimonio de admiración filial, al inaugurar la Biblioteca Rafael Maya, el Maestro inmarchitable, a quien hoy lloramos serenamente, con la certeza mística en la inmortalidad de la palabra.

Como "Palabra en el tiempo", definió un sutil escritor azteca, a la poesía. Y la de Rafael Maya es, en el coro de las grandes voces americanas, una voz intemporal ajena a las volubles modas literarias, que perdurarán tanto como dure la lengua descubridora de España. Tras el eclipse corporal, que es la muerte, creemos y esperamos en la resurrección de la palabra poética. Entre tanto él renacerá de la tierra nutricia, precedido por el eco de sus propias estrofas, henchidas de viva savia humana:

*"Aquí bajo estas cúpulas inmóviles
de amor y de ambición traigo los sueños,
como quien junta, en cavidad inútil,
todas las hojas del verano muerto".*

Repose en la paz infinita de Dios, del cual dio fehaciente, hermoso y diario testimonio, el Maestro entre los maestros de nuestra patria lacerada y estremecida por su viaje definitivo. Duerma el Maestro, bajo la

*"buena piedra,
inmune a la avidez del gusano".*

Descanse en Dios, mientras callan, por un "Tiempo de luz" los augurales "Coros del Mediodía", y escuchamos solo "Después del silencio", su profética y proteica admonición de la Tierra, en "La crucifixión del poeta":

*“¡Has muerto! Los ángeles potentes,
armados de cuatro pares de alas armónicas.
descargan tu cadáver sobre mi seno
donde empieza a cuajarse el rocío de la madrugada.
Has muerto. Te disolverás en mis entrañas,
y fluirás en el ímpetu de mis arterias,
y harás mover mi corazón incansable
que regula la palpitación del mar con el ritmo salvaje
con que ayuntabas las palabras
para imponer sobre los vientos la música de tu espíritu.
Fecundarás toda la tierra
como mis grandes ríos que aprisionan en sus redes líquidas
la vida de las selvas y de las ciudades,
y la magnífica renovación del cielo
en la primavera de las nubes que van cargadas de luz y agua.
Bajarás hasta las raíces de mis montañas
y entrarás en la composición del oro
integrando cada una de mis vértebras,
para salir luego a la superficie de mis tendones
transformado en el temblor de la hierba seca que ondula
como la piel del felino rubio apercebido para el salto.
Y te confundirás con mis noches,
como las rocas invadidas por la marea de la sombra,
y surgirás fundido en los metales del día,
pregonando en la juventud del fuego
la radiante inmortalidad de la palabra siempre nueva”.*